

que naturalmente me siento perturbado ante los grandes talentos, los poetas y los oradores del país; mas como no puedo excusarme de decir algo despues de la invitacion que me dirige el señor presidente, me resolveré á pronunciar unas breves palabras.

Ha mas de tres años que varios individuos de lo mas escogido de la ciudad de Nueva-York hicieron al Sr. Romero una demostracion tan significativa como la presente, con intencion de estimular en la lucha á una República atormentada en su hora mas aciaga, y puedo asegurar á vdes. que su representante, al principio de su ardua tarea, ha hecho resonar estos ecos en el corazon de todos los buenos mexicanos con otras manifestaciones amistosas. (*Vivas*).

Esta prueba que nos habeis dado y que acaba de expresarse en términos oportunos, paréceme que tiene una significacion peculiar; pues no es solo una congratulacion dirigida á la triunfante República mexicana, sino hasta cierto punto una aprobacion de la conducta que ha observado su Gobierno. Esta aprobacion, señores, tiene un gran peso político, pues proviene de hombres verdaderamente notables, de los que constituyen la positiva aristocracia del país, la única conforme con las instituciones democráticas, la aristocracia de la industria, del talento, de la virtud, ó en otras palabras, la aristocracia del mérito personal (*aplausos*), y en México, señores, se sabrá entender esto en lo que vale.

Nuestro pueblo está ocupado ahora en la obra de su reconstruccion, y sentirá entusiasmo para proseguir en la senda de la República modelo, al tratar de desarrollar aquellos grandes principios de republicanismo que ha aprendido de vosotros, y por los cuales ha derramado profusamente su sangre generosa (*grandes aplausos*), y apenas lleguen á sus oidos las noticias de esta demostracion, todos mis compa-

triotas se llenarán de gratitud. En este momento, señores, siento mucho mas de lo que puedo decir (*Aplausos*).

El quinto brándis leído por Mr. Bryant fué como sigue:

Libertad religiosa y libertad de enseñanza, verdaderas garantías de la felicidad individual y nacional y el anhelo de los patriotas mexicanos.

MR. BRYANT dijo entónces que se creia obligado á suplicar que contestara este brándis un caballero á quien no eran desconocidos los asuntos evangélicos y de educacion, y quien se habia interesado grandemente en su progreso en este país, Mr. James W. Beekman (*Aplausos*).

EL SEÑOR BEEKMAN, dijo:

SEÑOR PRESIDENTE:

No tengo noticia de que el número cinco se considere en particular un número de buen augurio; pero lo que sí sé es que la quinta mesa del Senado de Nueva-York me ha hecho establecer esta distincion. Allí fué, señor, donde aprendí á comprender el valor de las escuelas públicas, y cuando obedeciendo á las órdenes que vd. me dirige, me levanto para responder á un brándis, al cual deberia otro contestar, principiaré por decir: que todo lo que se ha hecho en México lo debemos á sus escuelas públicas, y á la escuela Lancasteriana, que há unos cuarenta años estableció allí el general Tornel (*Vivas*). El partido liberal de México se compone de hombres y mugeres educados en estos establecimientos, y en ellos han aprendido á saber que es muy posible adorar á Dios y servir al Estado de diferentes maneras y no de un solo modo, en cuya gloriosa teoría es á mi entender

en la que descansa la raiz de cierto árbol de libertad sembrado ha largos siglos en un suelo húmedo del otro lado del mar (*Vivas*). Tengo la honra de ser un vástago de este árbol, y sé muy bien que en mi madre patria se fulminó una bula de papel, ha muchos años, que aun permanece siendo infalible é irrevocable, por la cual mis antepasados y yo mismo estamos condenados á la perdicion por causa de las escuelas gratuitas, y por lo tanto saludo con alegría los esfuerzos que se hacen en México en su favor, como el anuncio de los mejores dias que se acercan, como la bandera levantada á gran altura para mantener la conciencia libre y espontánea, sortener la libertad y el enlace indisoluble y duradero de la educacion y la religion. (*Vivas*).

MR. BRYLLANT leyó el sexto bríndis, como sigue:

El Gobierno republicano en el continente americano, la causa comun entre todas las sociedades del hemisferio occidental. (*Grandes aplausos*).

EL SR. F. A. CONKLING respondió como sigue:

SEÑORES:

En los últimos seis años que acaban de pasar, las Repúblicas de los Estados-Unidos y México, han demostrado al mundo de una manera incontestable, la fidelidad, y casi iba á decir la moralidad de las instituciones republicanas en el hemisferio occidental; y ambas han venido á probar que no hay combinacion alguna de circunstancias, por desesperada que parezca, que al fin y al cabo no asegure triunfantemente la supremacía del Gobierno establecido por el pueblo y para el pueblo (*Vivas*). Hemos visto en nuestro propio

país tomar las armas para derrocar el Gobierno, á doce millones de hombres que habitaban en un territorio que podria llamarse imperial por su extension, de incuestionable fertilidad, atravesado por un sistema entrecortado de montañas y por los rios mas caudalosos de toda la tierra, lleno de barrancas y derriscaderos inaccesibles, y ocupado por una raza orgullosa y arrogantemente dominadora, á la cual impulsaban á la obra las esperanzas de una vida de molicie y riqueza verdaderamente oriental; hemos visto todo esto, señores; y sin embargo, á la hora que corre vemos á los Estados-Unidos levantarse mucho mas poderosos de lo que fueron ántes; su bandera ondea vencedora sobre el último palmo de su territorio primitivo; en tanto que el sol no sale ya sobre los amos ni se pone sobre los esclavos, y sus fronteras se alargan á millas de millas hácia las heladas regiones del Norte. (*Aplausos*).

En medio de nuestra gran lucha, una monarquía arrogante y rapaz del viejo mundo echó una mala mirada sobre nuestra hermana la República de México, y escogió, para que le sirviese de instrumento á un príncipe de las mas antiguas casas reales de toda la Europa; ese príncipe duerme justamente en esta noche en el sepulcro de los tiranos y los usurpadores. (*Vivas*). Durante todo ese tiempo, Juarez andaba huyendo con el Gobierno de un lado á otro, hasta que al fin el usurpador proclamó la noticia de que la libertad constitucional habia desaparecido del país para siempre; pero Juarez, llevando en su seguimiento diez mil ó diez adeptos que representaban el gran principio de la libertad republicana, era mucho mas fuerte que todos los esbirros del tirano; y hoy está ahí de pié en el palacio de los Moctezumas, cosechando las recompensas de la fidelidad con que ha servido á la libertad y á la patria. (*Vivas*). Aunque era

una misma la causa de los Estados-Unidos y la de México, la Providencia ordenó que cada una combatiese por sí sola, y es digno de notarse aquí, que el noble representante del Gobierno mexicano cerca de los Estados-Unidos, poniendo su esperanza en contra de la misma esperanza, continuó en todo tiempo empleando sus esfuerzos con una triste constancia que no podría negarse, hasta que por último, obtuvo la victoria depositando su fé en la justicia y en el Todopoderoso (*vivas*), y así, cuando llegue el día en que sean llamados los ilustres patriotas y los bienhechores, entónces, en medio de todos, brillará muy alto el nombre de Matías Romero. (*Vivas*).

Permitidme, pues, ahora, señor presidente, hacer este brándis.—Por los Estados-Unidos y México, baluartes gemelos de la libertad republicana, que en lo sucesivo cuidarán de que ninguna potencia europea intervenga en las instituciones de los que moran en este lado del Atlántico. (*Aplausos*).

MR. BRYANT leyó el sétimo brándis:

Los acontecimientos recientes de México manifiestan que as grandes potencias de Europa no pueden entrometerse len las instituciones de los que viven de este lado del Atlántico.

MR. BRYANT suplicó al general Sandford, que contestara este brándis.

EL GENERAL SANDFORD, dijo:

SEÑOR PRESIDENTE:

No creia que se me hubiese llamado para tomar la palabra en este recinto, despues de haber hablado tantos y tan

elocuentes amigos míos; pero ya que se me obliga, me concretaré á tratar de un sentimiento á que se acaba de hacer alusion, y que es sin duda de suma importancia para los habitantes de este continente. La Europa ha ridiculizado la idea que encierra lo que se llama doctrina de Monroe; pero ya no queda la mas mínima duda de su sabiduría, de su consolidacion y de su importancia, no solo para los Estados-Unidos, sino para todo nuestro hemisferio, y hoy no hay americano que no deba apoyar este principio con todas sus fuerzas, por estar probado que el mundo no podrá en lo sucesivo burlarse de él. Ha llegado por fin la hora en que se pueda proclamar la doctrina de Monroe en alta voz, y en que hay modo de sostenerla con una energía que haria temblar de miedo á la Europa (*Aplausos*). Las fuerzas que ha demostrado poseer nuestra República durante la guerra civil que acaba de pasar, han hecho que se asombren, y hasta deberia decir que se alarmen las naciones europeas, y me aventuro á profetizar, que á contar de esta fecha, ya no se ridiculizará mas la doctrina de Monroe, ni volverán á intervenir los déspotas extrangeros en las libertades de la América unida. (*Vivas*).

Hemos llegado á ser, por fin, una de las grandes potencias de la tierra: la energía, la habilidad y los conocimientos de que ha dado pruebas nuestra nacion durante la reciente lucha, han venido á marcar una nueva era entre los marinos y los soldados de la Europa, y ya no miran con desprecio las invenciones americanas, ni se rien de los principios especiales de la educacion yankee, sino que por el contrario, comprenden el genio americano y temen sus proezas, y por tanto, ya no tenemos por qué asustarnos con ninguna intervencion en las repúblicas de nuestro continente. (*Aplausos*).

MR. BRYANT dijo:

Hay aquí un caballero, el representante comercial de México en esta ciudad, el Dr. Navarro, de quien celebráramos oír algunas palabras sobre los asuntos de su país, y como una respuesta parcial del brándis que acaba de hacerse.

EL DR. NAVARRO fué saludado con aplausos y dijo:

SEÑORES:

Estando completamente desprevenido, solo me permitirán vdes. que haga unas breves observaciones. Ha tres años y medio que tuve el honor de ser invitado por algunos de vosotros para asistir á este mismo lugar, en donde os reunísteis para expresar vuestras simpatías por la República mexicana, que entónces estaba disputando su vida á una de las mas poderosas monarquías de la Europa. Vuestro propio país se hallaba á la sazón destrozado por una guerra civil gigantesca, que fomentaban y aplaudían los enemigos de las instituciones libres en toda la haz de la tierra (*Aplausos*), y en tales momentos, fué una misma la situación de las dos Repúblicas, é idénticas nuestras convicciones. Ninguno de los que se hallaron presentes entónces, puso siquiera en duda por un momento que la gloriosa causa de la Union dejase de obtener el mas completo y brillante triunfo, ó que la República de México renaciera de sus propias cenizas, si se me permite la expresion, para mostrarse por siempre libre é independiente. (*Aplausos*).

A Dios gracias, se han cumplido nuestras mutuas esperanzas y convicciones: vuestra magnífica patria es y será una é indivisible; (*¡bravo! ruidosos aplausos*) y la mia, á pesar de

hallarse débil y postrada por los efectos de una larga y sangrienta lucha, tremola ya á los vientos en las cimas nevadas de sus montañas colosales, aquella bandera querida en que nuestra nacion puede leer las mágicas palabras de REPUBLICA É INDEPENDENCIA.

En circunstancias tan placenteras como las de este momento, me siento obligado como mexicano á manifestaros, y por medio de vosotros manifestar á todos vuestros compatriotas mi profunda gratitud por el invariable y provechoso apoyo moral que han prestado á nuestra República, tanto los funcionarios públicos como los ciudadanos de esta gran República (*vivas*), y por la generosa hospitalidad que ha dispensado á cada uno de nosotros en los dias mas amargos, y que nos ha hecho olvidar que éramos desterrados, para saludar vuestro hermoso país como nuestra segunda patria. (*Vivas*).

Deseo con todo mi corazon la prosperidad y el bienestar de los Estados-Unidos, la unidad de sentimiento entre todos sus habitantes y la existencia imperecedera de este inex-pugnabile baluarte de la libertad humana. (*Ruidosos aplausos*).

M. BRYANT dijo:

Veo presente á uno de los distinguidos gefes de nuestras fuerzas en la última rebelion, el general Butterfield, quien entiendo que no rehusará decir una palabra para satisfaccion de los caballeros presentes. Suplico por lo mismo al general Butterfield que nos favorezca con lo que desee decirnos.

EL GENERAL BUTTERFIELD dijo:

SEÑOR PRESIDENTE Y SEÑORES:

Confieso que las observaciones de nuestro digno y venera-

ble presidente, me han flanqueado completamente. (*Risas y aplausos*). Era cosa convenida cuando entré aquí esta noche, con los caballeros que han dispuesto esta elegante comida, que no hablaria yo.

MR. BRYANT. No lo sabia yo. Fué culpa mia.

EL GENERAL BUTERFIELD:

He estado escuchando atentamente la expresion de los sentimientos de los que han hablado esta noche, y no hubiera pensado en responder al llamamiento que me dirige el señor presidente, si las observaciones que he oido no me hubiesen sugerido la idea de que todo lo que se deduce filosóficamente de cuanto ha pasado en esta reunion, es que México, sin nuestro auxilio y solo con nuestras simpatías, ha conquistado su libertad y su independenciam. Esto nos enseña á conocer que los gobiernos descansan en el pueblo, y que un pueblo indigno de poseer su independenciam, no puede conseguirla. (*Vivas*). Propongo, pues, como manifestacion de mis sentimientos, lo siguiente: El corazon y la inteligencia de un pueblo libre y educado, es la base perfecta de un gobierno justo. (*Aplausos*).

Se suplicó al Honorable Jas. R. Whiting que pronunciara un discurso.

MR. WHITING, dijo:

¡Bendiga Dios á México! y cuando se levante herida y golpeada, que no eche en olvido que en el año de 1862 permaneci6 firme como un diamante en la roca de la libertad el distinguido representante que nos envi6 y que ahora está

aquí presente (*aplausos*), y cuyas esperanzas en lo futuro han podido expresarse hermosamente en el lenguaje del gran poeta que nos acompaña en esta ocasion.

La verdad que ha sido humillada volverá á levantarse, porque suyos son los tiempos sin término de Dios, y el error herido, lastimado y revolcándose en sus aflicciones tendrá que fenecer en medio de sus adoradores.

(*¡Muy bien! Aplausos*).

La verdad de México estaba concentrada en su libertad, y á pesar de hallarse postrada por los suelos, héla ahí levantándose de nuevo para realizar la promesa del poeta (*aplausos*), y ahora alza la cabeza entre las naciones de la tierra y aparece ante nosotros dando pruebas al mundo de que la divinidad no tiene un albergue que dar al rey. (*Ruidosos aplausos*). No vengo á justificar aquí las determinaciones de la política; pero sí vengo á justificar como ciudadano americano el principio que condujo al usurpador al trágico fin que pudo haber previsto cualquiera individuo de sentido comun; y aquel que no lo haya comprendido así, no es digno de vivir entre los hombres. (*Vivas*). Os dirijo, pues, Sr. Romero, las mas sinceras congratulaciones por el triunfo que ha obtenido vuestro país: os he conocido desde 1862, y tratado de estar siempre á vuestro lado para ayudaros en los esfuerzos que habeis hecho en su favor.

EL SEÑOR ROMERO: Es cierto señor. Vd. estuvo siempre de nuestro lado.

Os encargo tambien, señor, que al regresar al palacio de los Moctezumas, hagais presente mi mas profundo respeto al Sr. Juarez, quien ya para siempre vivirá en las páginas de la historia como un héroe consagrado al establecimiento de la libertad civil y religiosa en el territorio de México.

(*Aplausos*). Soy testigo, Sr. Romero, de la asiduidad y el infatigable celo con que habeis trabajado por la causa de vuestro país; sé cuales han sido vuestras esperanzas, vuestros temores y vuestras angustias, y en todas las ocasiones en que habeis sido puesto á prueba, os han acompañado mis mas cordiales simpatías.

Ojalá que al regresar á vuestra patria recibais las bendiciones del cielo, y que las brisas de la felicidad impelan vuestra nave sobre los mares, para que vuestro pueblo os dé la ferviente bienvenida que con tanta justicia merecis. No me queda la menor duda, por lo mucho que os conozco, que vos sois de aquellos que pueden poner la mano sobre su pecho, y decir al presidente Juarez:

Señor: Aquí teneis los talentos que me dísteis, y os los devuelvo con toda la usura que he podido alcanzar.

Vuestros compatriotas han establecido por escrito una Constitucion fundamental, con la cual han roto las cadenas de la esclavitud; y miéntras admiro la consagracion y el heroismo que han mostrado por la libertad, me lleno de gozo tambien, como hijo de la gran República, porque en lo que se refiere á la esclavitud, *nuestra* Constitucion se coloca en un punto mucho mas alto de aquel en que la habiamos visto hasta aquí, y porque al cabo de una sangrienta lucha en que hemos recibido el castigo de nuestras faltas, surge la humanidad sin ligaduras de ninguna especie.

Si alguna vez ha hervido en mis venas la sangre del ciudadano americano, fué cuando el administrador del puerto de Quebec me escribió una carta en inglés, en la que habia borrado el aviso que me daba de ser libre ya el Canadá en los dias en que estábamos luchando en nuestro país por la libertad civil y personal. Ese fué, señores, el mensaje que me remitió, al verme en la necesidad de pedirle un auxilio

para México que se me habia negado en mi propio país: motivos hay, pues, de sobra para que nuestros ciudadanos bajen avergonzados la cabeza al reflexionar sobre la conducta que ha seguido nuestro gobierno con el de México en los momentos de sus mayores peligros. Con haber dirigido nuestro secretario de Estado cuatro palabras en aquella época á la atrevida Francia, para advertirle que los Estados-Unidos desaprobaban la intervencion de Napoleon en los asuntos de México, vuestro pueblo, señor, habria economizado millares de vidas y millones de pesos, y esto habria sido tambien para nosotros de incalculable beneficio en la guerra que manteniamos á la sazón; pues se habria mostrado al mundo que teniamos fé en Dios, confianza en la justicia de nuestra causa, y fuerza y valor para sostenerla. (*Aplausos*).

Mucho se ha dicho en contra de la política de vuestro país; pero nada podrá decirse en contra de la justicia que os asistia. La manera con que habeis tratado á Maximiliano, es cosa que á vosotros solos atañe: violó vuestras leyes, y tuvo que sufrir la pena de vuestras leyes; y aun estoy convencido de que los que aquí piensan que debió juzgarse con benevolencia, caridad y misericordia, serian de otro parecer á haber vivido en México, y probablemente se habrian empeñado en su ejecucion. Cuando uno no es la persona ofendida, cuesta poco trabajo inclinarse al perdon, y por eso no tiene nada de extraño que, observadas las cosas desde aquí, nos parezca que Maximiliano debió obtener benevolencia, caridad y misericordia; pero la justicia y hasta la existencia de México como Estado independiente, reclamaban que se le aplicase la última pena. (*Aplausos*). Ademas, si hay alguno que mereciera esta pena, era él, y no tiene en verdad título alguno para mayor simpatía, que el que tuviera el mas vil de los criminales al pagar sus maldades en la horca.

¿Qué fué lo que hizo? “No lo conteis en Gath, ni lo digais en las calles de Askalon:” expidió una proclama mandando matar á todo hombre en el término de veinticuatro horas, si se le encontrase con las armas en la mano para oponerse á este edicto imperial, y así, por su mandato se derramó la mejor sangre de México, por ningun otro motivo sino por el del amor á la patria.

La suerte de Maximiliano es una leccion que servirá para advertir á la Europa coronada, que en lo sucesivo se verá obligada á evitar toda intervencion en los asuntos de este hemisferio. No me queda la menor duda de que en lo que concierne á los sentimientos del Presidente Juarez, estuvo dispuesto á inclinarse á la misericordia y deseó salvar á Maximiliano; pero habia contraido una obligacion con su patria, y como Washington cuando tuvo en su poder la vida del mayor André en la guerra de independencía, se halló en la necesidad de sacrificarla, y salvó á su pueblo. (*Vivas*).

Que Dios bendiga á vuestro Presidente, que bendiga á vuestro país, que os bendiga á vos, Sr. Romero, y caigan todas las bendiciones del cielo sobre vuestra cabeza, ahora y siempre. (*Ruidosos aplausos*).

EL SEÑOR ROMERO dijo:

Aunque temo lastimar la modestia del Sr. Whiting, creo de mi deber referir aquí algunos hechos que le honran mucho, y que no podria yo dejar pasar en silencio. Tuve el gusto de conocer al juez Whiting en una época en que las circunstancias eran muy desfavorables para México, en el verano de 1862 cuando era muy difícil, ó mejor dicho, imposible, segun se vió despues, que se exportasen para mi país algunas armas y municiones de guerra, de que estábamos necesitando notablemente; y aunque las leyes de los Estados-Uni-

dos permitian la salida de toda clase de mercaderías, no faltó un pretexto para evitar que se nos mandasen los artículos que queriamos conseguir, y no es mas que hacer justicia al Sr. Whiting al decir que hizo entónces todo cuanto estuvo á sus alcances para tratar de anular semejante restriccion. Fué varias veces á Washington, y empleó su influencia allí en los ministerios, lo mismo que aquí con el administrador de la Aduana, para que se nos dejase en libertad de sacar las armas que estábamos necesitando en México, y que él creia era uno de los derechos mas justos de que debiéramos haber disfrutado. Pocas personas están al cabo de estos hechos, fuera de las que componen los círculos oficiales en Washington, y el administrador de Aduanas en este puerto, que era á la sazón nuestro buen amigo el Sr. Barney; pero puedo asegurar al Sr. Whiting que he tomado apunte de todos los hechos, y he recogido todos los documentos, con las observaciones que él presentó á la consideracion del departamento del Tesoro y al administrador de Nueva-York, y confío en que vendrá un día en que se comprenderá todo el valor de sus esfuerzos así que sean conocidos. Tengo la satisfaccion de que el pueblo mexicano y todo el público en los Estados-Unidos le tributarán el homenaje que merece por sus esfuerzos para sostener la noble causa con que se ha identificado durante toda su vida, y por la cual ha hecho ahora cuanto estaba en su poder. (*Aplausos*).

MR. BEEKMAN, dijo:

Tenemos aquí á un caballero que conoce á México, que ha servido en las fronteras y que puede decir algunas palabras dignas de oirse. Aludo al general James Grant Wilson. (*Aplausos*).

EL GENERAL JAMES GRANT WILSON se expresó de la manera siguiente:

He tenido la honra de ser un voluntario de la última guerra, y ahora seré voluntario en el uso de la palabra. Después de lo que acaban de decir sobre México los caballeros que me han precedido, no sé qué cosa pueda yo añadir; pero propongo á todos los presentes bebamos á la salud del digno personaje que nos preside en estos momentos, cuyo nombre y fama se celebrarán siempre "con las joyas del mar y de la tierra, con las flores primogénitas de Abril y toda las cosas raras que existen." (*Vivas*).

MR. BRYANT dijo:

No puedo hacer mas que agradecer al caballero que tan bondadosamente ha propuesto el último brándis, y á la reunion la buena voluntad que ha tenido al aceptarlo y aplaudirlo. (*Vivas*).

---

Así terminó la reunion, y las personas presentes se despidieron después de dar un adios afectuoso á su distinguido huésped.

---



